
PREGON DE LAS FIESTAS DE BLESA DE 1988

Como ya viene siendo costumbre por estas fechas, alguien ocupa cada año un lugar en el balcón de este remozado ayuntamiento para llevar a cabo una entrañable misión: anunciar a todos los aquí presentes el comienzo de las esperadas fiestas de Blesa. Y entre los presentes hay un aragonés ilustre, aunque su presencia consista sólo me refiero, sin duda, a don Miguel Artigas Ferrando, nacido hace ahora 101 años en Blesa, un «sabio turolense», como dice Guillermo Fatás, que llegó a ser el primer Director General de Archivos y Bibliotecas que hubo en España, en cuya conmemoración la Sección Central de la Biblioteca Pública Municipal de Zaragoza se llama «Miguel Artigas». Quizás haya caído en redundancia al recordaros la figura de este afamado personaje, pero creo sinceramente que no está de más dedicar unas frases de este pregón a don Miguel como elogio, máxime cuando nos aguardan días de alegría.

En efecto, las fiestas de Blesa de 1988 son el hecho que ha propiciado mi presencia aquí, unas fiestas no solo populares, sino también patronales, puesto que, si echamos mano de un diccionario, éste nos recordará que una fiesta es tanto el día en que la Iglesia celebra la memoria de un santo, como la alegría y el regocijo dispuesto para que el pueblo se recree. Por consiguiente, desligar lo uno de lo otro en estas Fiestas, es decir, caer ya en la sacralización total, ya en la secularización plena de ellas, sería hacer las cosas a medias, y los cabos sueltos, sean por un lado o por otro, no son buenos. Así el punto medio, lejos del retiro místico más acérrimo y de cualquier sucesión de chabacanos guateques, permitirá que las Fiestas de Blesa sean una verdadera fiesta.

A modo de preludeo y a punto de «desencajonarlas» (dicho al modo taurino), llega el pregón, la promulgación que en voz alta se hace en un lugar público de una cosa interesante, definición ésta, que, aun siendo de diccionario, se ajusta bien a la realidad de este emotivo encuentro. Y yo me pregunto, al hilo de estas palabras, si estas Fiestas no podrían ser también un pregón de Blesa.

Así como publica mi voz solemnemente el comienzo de las Fiestas, pienso que Blesa con ellas puede publicar a los cuatro vientos su alegría, la felicidad de haber reunido a una dispersa familia, ahora congregada bajo la advocación de Santiago y Santa Ana para vivir intensamente en este pueblo días de fraternidad.

Del mismo modo que yo en voz alta, para que todos oigais por igual, lanzo al aire este pregón, Blesa —la de la Val— con alta voz gracias al estampido de los cohetes, el volteo de las campanas, el bullicio de plazas, calles y casas con sus gentes, puede enviar con la brisa su cantar a todos los rincones de la multicolor provincia de Teruel, e incluso más allá.

Así como yo, desde un lugar tan abierto a todos como es el balcón del ayuntamiento, os invito a disfrutar de las Fiestas, Blesa —la de la Burilla y San Jorge— gracias a sus fiestas puede hacerse amiga de todas las gentes de bien y convertirse en un lugar de amistoso encuentro que invite al buen yantar, al buen beber y al bienestar.

Por último, del mismo modo que aquí se pregona una cosa tan interesante como es el arranque de una celebración patronal y popular, Blesa, a través de sus fiestas, lo puede hacer de una cosa tan interesante y simpár como es... ella misma, BLESA.

Hagamos, pues, que las Fiestas sean embajadoras de un alma grande, de una dignísima familia que se apellida Blesa; y para ello, que la bebida sea fuente de alegría y de reunión, pero no de humillantes excesos al transgredir neciamente alguien la frágil barrera que separa al alegre chispa del borracho insoportable; que nuestras comidas, realzadas en lo suculento por motivo de estos festivos días, sirvan de acopio de fuerzas para vivirlos gustosamente, pero no se convietan en banquetes inmoderados que nos postren en cama; que nuestras casas se vean respetadas porque casi todas han contemplado impertérritas muchas generaciones de blesinos y son parte de lo que permanecerá por debajo del fluir momentáneo de fiestas y fiestas; en fin, que nuestro ímpetu por disfrutarlas traiga dicha y no desdichas para así recordar que han de celebrarse otros días dichosos.

Véase de este modo Blesa colmada de felicidad, acariciada por el hormigueo de la gente de calle en calle, de casa en casa, de peña en peña; sea éste el final de mi pregón y el comienzo de un pregón mayor. Nosotros debemos perpetuar la vida de Blesa, no sea que este lugar caiga algún día en un definitivo olvido.

¡VIVA BLESA!

IGNACIO GUILLEN GALVE
